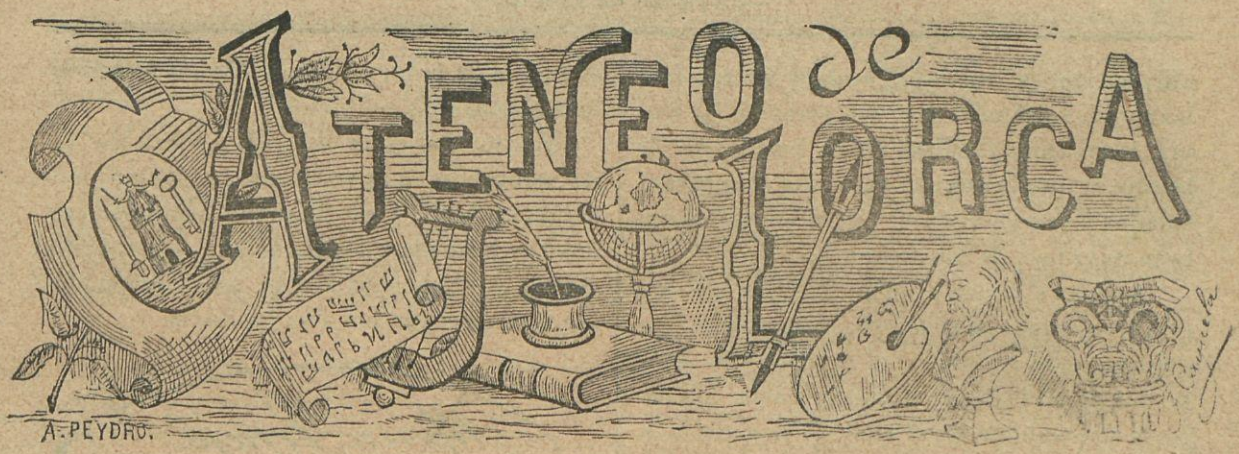

DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 1 — Lorca 1 de Noviembre de 1896 — Núm. 31

SUMARIO

Tristezas, por Alfonso Espejo.—A la torre de la Catedral, por José Tolosa Hernández.—El pan del porvenir, por J. Pérez Cortina.—La nieve, por Santos Moya.—Antigüedades de Lorca (continuación), por Manuel Hernández Carrasco.—En un album, por Jesús Cánovas.—Mesa revuelta.

TRISTEZAS

Como lágrimas de vidrio, cuelgan de los canalones largos pedazos de hielo, y la lluvia desciende pausada, como si cernieran desde el cielo hilos de plata por un tamíz espeso.

Los pajarillos aletean tristemente, buscando entre las escuetas ramas de los árboles abrigo y reposo, y las escasas hojas de los arbustos, modulan, tiritando, melodías lúgubres, y caen pausadamente á brillar como notas de oro en el barro pegajoso del suelo.

¿Cómo empezó la lluvia?

Primero, un punto blanco en el espacio; luego este punto creció, creció de Norte á Sur, y como si rasgara el azul purísimo del firmamento, dejó ver inmensas arcadas, mágicos chapiteles de nubes obscuras, mónstruos apocalípticos y endriagos de fantásticas formas; después, el viento frío azotó nuestros rostros, cayeron algunas gotas de agua que rebotaron en el suelo como perlas, y el temporal tendió sus neblinas obscuras sobre la tierra. Había comenzado la turbonada.

¡Qué hermosos son los días de lluvia para los que pueden gozar de las delicias y comodidades de la vida!... En las suntuosas moradas de los ricos cruje la llama lamiendo cariñosa los añosos troncos; lanza relámpagos de grana la luz del hogar en los dorados remates de la artística pantalla, y la fogarada chisporrotea alegremente, haciendo olvidar que los pobres que no tienen donde guarecerse, duermen en los quiciales de las cocheras y sobre los bancos de los paseos pobres infelices que tal vez ignoran que cerca de ellos hay quien abrigado con pieles y mantas mira alegremente la lluvia que cae lenta, muy lenta, de un cielo plomizo!...

Las moscas aletargadas zumban al morir, haciendo contradanzas en los cristales del balcón y maldicen del invierno frotando sus patitas negras y haciendo vibrar sus alas de gasa.

A pesar de la lluvia he visto á dos novios; él afuera, embozado en su capa; ella tras de los hierros, arrebujada en su mantón de abrigo; hacía frio, muchísimo frío y, sin embargo, los ojos de ella lanzaban llamas